



JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

LA LECHUZA Y EL “REY DE LOS PAJARITOS”

Acercábase el día en que el Rey de los Pajaritos debía venir al valle montañés a exigir a todas las aves menores de la región su tributo de sangre, su víctima tradicionalmente inmolada a la voracidad del déspota de pico y garra potente. La inquietud reinaba en los nidos, sus cantos se entristecían y sus diálogos de amor cedían a los trémulos gorjeos del miedo.

Una Lechuza muy gazmoña y muy vanidosa, que no abandonaba un solo instante su atalaya en la estaca o en el tronco más visible de la comarca, empezó a cavilar cómo salvaría a su hijo de la terrible elección y se acordó

por fin de que todos los tiranos tienen una hora de clemencia, y se propuso aprovecharla.

Iría, decidida y resuelta, a ver al monstruo y pedirle derechamente la gracia; y ya vería allá de qué maña se valdría para ablandar ese corazón de acero. Lo halló muy acurrucado en el borde de un fuerte nido, seguro como castillo almenado, enclavado en el hueco de un risco empinadísimo y como afilando los puñales para el cercano banquete de carne viva.

-Muy soberano Señor y amo, -le dijo con todo respeto y humillado tono-, vengo a suplicarte un gran favor en atención a mi viudez y desamparo. No tengo más que un hijo que es mi sostén y único cariño y consuelo para mi vejez, y debe acudir a tu llamamiento para el sacrificio... Señor Grande y Magnánimo, apiádate de este corazón de madre, y salva a mi hijo de tu garra sangrienta, pues vendrán miles de otras aves entre las cuales podrás elegir tu presa.

-Y bien, señora Lechuza, -replicó el gavilán enternecido-, te ahorraré ese dolor, pero necesito conocer a tu hijo para distinguirlo entre tantos y tantos... ¿Cómo es?

-¡Ah, Señor piadoso! Pues no tienes más que fijarte en *el más bello de los pájaros* del valle, y ése es mi hijo.

-Entendido; vete tranquila y no asustes tanto a la gente con tu chirrido fúnebre y tus ojos de bruja.

Y así diciendo, mientras Misia Lechuza emprendía hacia otro paraje su vuelo nervioso, el Rey comenzó desde la copa más alta del árbol a lanzar sus estridentes gritos de convocatoria, que retumbaban en los cerros como un clarín del juicio final. A sus ecos, nubes de pajarillos de mil colores y tamaños, llegaban y se asentaban en los grandes árboles circunvecinos, a esperar el tremendo instante de aquel sorteo tradicional de la muerte.

Por fin, el Rey dirige su mirada radiante e hipnótica a la multitud alada; busca su víctima con ansia, y recordando la promesa a Mama Lechuza, tira su zarpazo al más feo y deslucido del concurso, el cual quedó muerto en el acto, y trozos sanguinolentos desaparecieron en breve en el vientre del famélico Rey, mientras un confuso rumor de vuelos entre los follajes marcaba la dispersión de la asustada asamblea.

Lanzó la Lechuza un estridente grito de dolor, pues era su hijo, la mísera víctima, y encarándose con el Rey le reprochó airada la falta de su promesa.

-No tienes razón para quejarte –contestóle con toda sinceridad el déspota-, tu vanidad de madre te ha perdido, pues yo, para salvar a tu hijo, no busqué al *más bello de los pájaros* sino *al más feo* y desmedrado de todos, y ya ves si eres injusta, además, pues yo, para complacerte, ni he saciado mi apetito ni he logrado tu gratitud.

La presente obra ha sido digitalizada por la voluntaria Fabiana Marta Ortíz.

2009 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

